



SUNSI ESTIL-LES

## Lo que vale la ética

*La Plumilla* del domingo 28 me dejó con ganas de saber más. Un banquero -Rafael Termes-, convencido de que es rentable ser ético. ¿Pudo demostrarlo? Empecé a rastrear en sus escritos. Me centré en una conferencia que él tituló «¿Por qué hay que ser ético en los negocios?» Su respuesta es inmediata: «Porque los negocios tienen lugar entre personas».

Tras una argumentación en la que no deja ningún cabo suelto, concluye: «Si yo me comporto en contra de la moral, puede ser que obtenga beneficios con ello, pero internamente valdré menos. Si me comporto correctamente, conmigo y con mis semejantes, valdré más, aunque externamente tengo menos».

En una sociedad que da prioridad a los resultados, una síntesis basada en la distinción entre el ser y el tener parece un malabarismo lingüístico con un contenido que rebosa ingenuidad. Las apariencias engañan.

Hay una idea *madre* para entender esta filosofía empresarial, aplicable también a la vida social, familiar e individual: es rentable ser

ético, pero el valor de la ética no es la rentabilidad. «La ética no se justifica por sus resultados externos». «Pretender que un empresario se comporte éticamente por motivos económicos es tan insensato como pretender que una persona se abstenga de beber un veneno porque tiene muy mal sabor». A la corta o a la larga llegan las dificultades, las malas rachas. Y quienes determinan la validez de sus principios éticos en términos utilitaristas, los abandonan cuando ya no aportan beneficios. Los ejemplos que cita Termes -«decir la verdad, explicar claramente lo que se hace y por qué se hace, mantener la palabra dada, cumplir el compromiso adquirido, remunerar justamente el trabajo, servir la calidad anunciada sin disimular los defectos, soportar con espíritu de sacrificio las dificultades y contradicciones, obrar de conformidad con el honor y la honra, guardar leal y sigilosamente el secreto de oficio y el confiado, afrontar con valor las responsabilidades, comportarse correctamente con los compañeros sin murmurar en su ausencia o ponerles zancadillas en su camino profesional»-

no dependen de una situación coyuntural ni de un momento de bonanza económica. Dependen de una íntima convicción: cualquier empresa, por pequeña que sea, es la herramienta donde el hombre se dignifica a través de su trabajo. El hombre, «un ser racional, social, libre, capaz de organizarse para la consecución de sus fines y de poner los medios para lograrlos».

Termes, después de apuntalar muy bien que la ética «no paga», consigue a mi juicio fundamentar que sí es rentable. Para el hombre y para la sociedad. Las virtudes éticas no se compran ni se venden. Forman parte del individuo. Ni la ruina las anula ni la opulencia las engorda. En un ámbito laboral, concebido como «una comunidad de personas», donde existe y se palpa la confianza, la honestidad, la lealtad, la sinceridad, la gente trabaja bien, sin necesidad de repasar a diario un listado de normas coercitivas. Porque las personas que actúan conforme a unos principios éticos rinden cuentas ante sí mismos; es su propia conciencia la que examina y responde. Y «la influencia de estas cualidades personales es decisiva para la generación de valor económico real». Valioso legado el que deja Rafael Termes.